

# FOUCAULT, CUVIER Y LA BIOLOGÍA

Manuel Luna Alcoba. I.E.S. San Fulgencio, Écija

**Resumen:** La biología es uno de los ejes temáticos de los escritos de Foucault porque, a diferencia de otros saberes, presenta tres niveles de utilización para la arqueología. El análisis de estos niveles descubre, además, los límites de los propios planteamientos de Foucault.

**Abstract:** Biology is one of the thematic axes of Foucault's writings, as it exhibits —not so other kinds of knowledge— three utilisation levels for archaeology, whose analysis may help evince the limits of Foucault's approaches.

«El origen del principio de la Selección lo encuentro dado claramente en una antigua enciclopedia china».

Ch. Darwin, *El origen de las especies*, cap. I, 10.

Que la biología juega un destacado papel en los escritos de Foucault es algo fácil de constatar. Es uno de los saberes cuyo desarrollo se sigue a lo largo de las páginas de *Las palabras y las cosas* y este seguimiento actúa como supuesto en los posteriores escritos en torno al biopoder o el racismo. Pero hay más. De acuerdo con sus declaraciones, la biología sería uno de los pilares fundamentales de la filosofía. Ésta se define, en efecto, como un pensamiento acerca de las relaciones que vinculan las cosmovisiones, la historia y la biología con el sujeto, la existencia y la libertad<sup>1</sup>. No se trata de hacer de la biología el paradigma de la filosofía y tampoco se trataría de hacer filosofía *de* la biología. Lo que ocurre es que la filosofía se hace necesaria en el tránsito que lleva del saber biológico de cada época al modo en que esta época concibe a los sujetos. De este modo resulta invertida la óptica habitual. La filosofía no es un metasaber que entre otras cosas reflexione acerca de la biología, sino una de las consecuencias de ese saber que es la biología. Cuando Descartes o Kant aparezcan citados a propósito de la biología, no será porque de sus postulados filosóficos se derive una determinada manera de ver la biología, sino porque la biología establece una serie de relaciones que sólo pueden pensarse como lo hicieron Descartes y Kant. Pero esto que vale para Descartes y para Kant, no vale para Foucault mismo. En sus escritos, la biología juega tres papeles diferentes. En primer lugar, como queda dicho, es uno de los saberes estudiados por su importancia en la constitución del concepto de «hombre». En segundo lugar, aunque Foucault no lo declare expresamente, existe cierto isomorfismo entre determinados planteamientos y técnicas de la biología y la labor desarrollada por Foucault. Finalmente, la biología tiene un cierto papel

---

<sup>1</sup> Cfr.: «Entretien avec Michel Foucault», 1971, en Michel Foucault, *Dits et écrits*, Edition établie sous la direction de Daniel Defert et François Ewald avec la collaboration de Jacques Lagrange, 4 vols., Paris, Gallimard, 1994 (en lo sucesivo DeE), vol. II, p. 164.

«combativo», en el sentido de que permite desentrañar determinadas «evidencias» al uso en la política contemporánea. Del primero de estos papeles, dado que es muy conocido, vamos a tomar lo imprescindible para comprender en qué consisten el segundo y el tercero.

### 1. *Los discursos y los seres.*

Lo que se busca en los escritos de Foucault, no es cómo se definen los conceptos, ni cómo funcionan las teorías; tampoco se trata de recopilar datos históricos acerca de la organización de una célula o la vida de un individuo concreto. Lo interesante para la arqueología es, precisamente, lo intermedio entre una cosa y otra, las elaboraciones, los preparativos, los dispositivos, materiales o no, que hay que fabricar para que llegue a haber algo así como «organización», «célula», «vida» o «individuo». Es ésta una descripción que no persigue conceptos ni objetos sino enunciados. Enunciados que definen lo que puede observarse y lo que puede devenir objeto de ulteriores enunciaciones, enunciados que describen cómo habrán de ser éstos, enunciados que recogen caracterizaciones posibles y delimitan ulteriores posibilidades enunciativas. Enunciados y no observaciones, son los que constituyen un descubrimiento como el de los fósiles; enunciados y no conceptos son los que hacen emerger nociones como las de «mamífero»; enunciados y no decisiones personales, son los que fundamentan la organización de una colección<sup>2</sup>.

La Historia natural es el conjunto de métodos a través de los cuales los seres vivos se constituyen en objeto de estudio<sup>3</sup>. Este conjunto de métodos ha estado siempre profundamente ligado al lenguaje. Antes incluso de que hubiera Historia natural, había un discurso que recogía otro discurso, la historia entera de lo dicho acerca de tal o cual animal o planta<sup>4</sup>. La totalidad de la Historia natural está vinculada a la posibilidad de presentar, de nombrar a los seres vivos<sup>5</sup>. En cambio, la relación entre la biología y el lenguaje será otra. Como veremos, la biología es lenguaje. En lo que toca a la Historia natural dos cosas procuran los enunciados. Por una parte, establecer una designación fiable que permita circunscribir con toda claridad aquello que resulta implicado en cada enunciado. Por otra parte, dominar todo el marco de derivación, esto es, permitir el paso sin problemas de unas designaciones a otras<sup>6</sup>. Pero la designación va más allá de la búsqueda de un lenguaje preciso, necesario para toda ciencia. Plantas y animales no son *como* palabras, *son* sus respectivos nombres<sup>7</sup>. El nombre es lo que asigna un lugar en el espacio posicional donde se hallan clasificados todos los géneros y especies<sup>8</sup>. De hecho, la Historia natural de los siglos XVII y XVIII puede caracterizarse, al igual que el lenguaje, como un conjunto de reglas que ya no ordenarían la sucesión de las letras o las palabras, sino la sucesión de los

<sup>2</sup> Cfr.: Foucault, M. *La arqueología del saber* (1969), trad. de A. Garzón Camino, México, Madrid, Bogotá, Siglo XXI eds., 13ª ed., 1988, (en lo sucesivo AS) p. 247.

<sup>3</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 38.

<sup>4</sup> Cfr.: Foucault, M. *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas* (1966), trad. de E. C. Frost, México, Madrid, Bogotá, Siglo XXI Editores, 18ª ed., 1988 (en lo sucesivo MC), p. 129.

<sup>5</sup> Cfr.: Op. cit. 158.

<sup>6</sup> Cfr.: Ib. 139.

<sup>7</sup> Cfr.: Ib. 162.

<sup>8</sup> Cfr.: Ib. 141.

enunciados<sup>9</sup>. La designación por parte de Linneo cumple, en efecto, un doble papel referencial que vincula lo designado, por una parte a un nombre, por otra y, a través de la anterior, a toda la serie de plantas o animales que le son semejantes.

El taxón, la línea que lleva de unos a otros, la yuxtaposición de líneas que recorre el discurso científico conformando el gran cuadro del saber natural constituyen las dos dimensiones de un espacio compuesto por la extensa red de los seres. Pero un espacio así concebido es necesariamente bidimensional, incapaz de trabajar con el volumen que caracteriza a los cuerpos, a los seres vivos. Por ello, para dotar de tridimensionalidad al espacio, hace falta una nueva dimensión, la otorgada por el tiempo. Hay dos modos en que el tiempo puede atravesar el espacio, confundirse con él constituyendo su necesaria tercera dimensión. El primero es arrastrar a la propia superficie del cuadro a lo largo de una línea. Este es el modo de lograr el volumen por parte de Bonnet, la yuxtaposición de superficies dentro de la cual todos los puntos mantienen las mismas relaciones. Es como si toda la jerarquía de los seres vivos se moviera a la vez. La otra solución vuelve al punto de partida. De nuevo un punto cualquiera en el cuadro, un taxón cualquiera, de nuevo líneas, esta vez perpendiculares a la superficie y de nuevo otro cuadro. Ahora las relaciones entre los elementos del cuadro anterior se han visto probablemente trastocadas, ya que no es necesario que todas las líneas crezcan a la vez, pero el volumen resultante no tiene por qué ser diferente de la superficie inicial, de hecho es el mismo. No es que la superficie toda se haya movido a la vez, es que el movimiento de cada uno de sus puntos ha reproducido «verticalmente» las líneas que componían la superficie horizontal. Yuxtaposición de relaciones fijas o recorrido de itinerarios previamente fijados, a esto queda reducida la gran disputa entre «fijismo» y «evolucionismo» del siglo XVIII<sup>10</sup>.

## 2. La situación de Cuvier en los escritos de Foucault.

Ante todo, debemos aclarar que Cuvier no es un caso más de las transformaciones que han conducido hasta nosotros. Por una parte está un paleontólogo aristotélico que enunció el descubrimiento de formas intermedias como posible refutación de sus teorías y que se llamaba Cuvier. Por otra parte está Cuvier, entendido como un conjunto de escritos que patentizan una transformación en el saber conocido como «Historia natural». Finalmente, hay un modelo de cómo realizar análisis, una manera paradigmática de cómo plantear los problemas, unas estructuras explicativas respecto de las cuales pueden trazarse isomorfismos fecundos y esto, esto también lo es Cuvier. No me interesa discutir cuestiones teológicas acerca de si tres personas pueden convivir en un solo Cuvier. Lo que pretendemos es mostrar las isomorfías que existen entre el Cuvier descrito por Foucault y Foucault mismo. En este sentido, si Cuvier habla de hiatos, esto es, de que la presencia (o ausencia) de unos órganos conlleva la presencia (o ausencia) de otros<sup>11</sup>, la *Arqueología del saber* propone describir cómo la presencia (o ausencia) de unos enunciados exige la presencia (o ausencia)

<sup>9</sup> Cfr.: AS 93.

<sup>10</sup> Cfr.: MC 150-4.

<sup>11</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 51-2.

de otros<sup>12</sup>. Si los organismos siguen un plan anatómico que debe reorganizarse por completo al atravesar una transformación<sup>13</sup>, eso es precisamente lo que ocurre con las *epistemes* de *Las palabras y las cosas*. Si el hincapié de Cuvier en la discontinuidad no debe entenderse como una exclusión de toda continuidad<sup>14</sup>, la adecuada combinación de continuidades y discontinuidades es el propósito de los análisis foucaultianos<sup>15</sup>. En definitiva, Foucault, como Cuvier, no pretende otra cosa que asignar la duración que les es propia a los acontecimientos<sup>16</sup>. Pero, precisamente aquí, aparece una notable diferencia entre Foucault y Cuvier. Los planteamientos de Cuvier exigen romper con la continuidad que permitía explicar el paso de una especie a otra, con la continuidad que veía en ellos sucesivos grados de desarrollo de un mismo proyecto, de acabar, en definitiva, con la idea de una continuidad en base a que la naturaleza constituya una serie única. Esto precisa de la instauración de un nuevo tipo de continuidad, que ya no será exterior, esto es, basada en las relaciones de un individuo o una especie con otra, sino interna, basada en las relaciones entre los órganos de un ser vivo. Sucintamente dos son las relaciones que mantienen todas las partes de un organismo. Una, maximizadora, tiende a producir el mayor número de efectos o resultados posible; la otra, minimizadora, tiende a hacer lo más pequeño que se pueda el repertorio de medios a emplear. Esto es lo que caracteriza a los seres naturales, pues la propia naturaleza es catalogada como avara y generosa a la vez<sup>17</sup> y ésta es una buena definición de perfección. La gradación continua lo será ahora de perfección. Habrá órganos más y menos perfectos, habrá funciones más o menos perfectas, habrá mayor o menor avaricia o generosidad en el intercambio con el medio. Son esas secciones transversales de los organismos las que van a formar ahora tres jerarquías continuas, que vienen a sustituir a las clásicas. Ciertamente, la naturaleza de la continuidad que instauran no es, no podría ser, de la misma naturaleza que la anterior. Una función puede ser desempeñada por órganos distintos e, incluso, puede ser inexistente. Lo mismo ocurre con los órganos. Se puede seguir su sucesión continua hasta que el órgano en cuestión resulta ajeno a la organización en una determinada especie. Estas continuidades de Cuvier son siempre, pues, fragmentarias, bruscamente interrumpidas por saltos, conjugadas, en fin, por discontinuidades. Pero ni siquiera estas continuidades pueden ser vinculadas a ningún género de evolucionismo. El grado supremo de perfección, la simplicidad absoluta de medios coronada con la suprema efectividad es un ideal imaginable aunque inalcanzable. Por lo demás, este ideal resulta inaprehensible si intentamos buscarlo desde series abruptamente interrumpidas, sucesiones que dejan al pronto de suceder, discontinuidades y saltos no vinculables en base a los datos. De aquí que las series continuas de Cuvier sean siempre unidireccionales: marcan una progresiva degeneración, sólo se las puede recorrer de arriba a abajo<sup>18</sup>. Pero, obviando esta diferencia, Foucault y Cuvier

---

<sup>12</sup> Cfr.: AS 45 y ss.

<sup>13</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 52.

<sup>14</sup> Cfr.: Loc. cit.

<sup>15</sup> Cfr.: AS 292-3.

<sup>16</sup> Cfr.: Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 52.

<sup>17</sup> Cfr.: Op. cit., 53.

<sup>18</sup> Cfr.: MC 155-6 y 265-8; y discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 50 y 53.

estarían de acuerdo en que si quisiéramos recorrer esas series también de abajo hacia arriba, desde el pasado hacia el futuro, no nos quedaría otro remedio que anular el concepto de perfección eliminando así cualquier tentación teleologista. En consecuencia nada podrá permitirnos unir con una gradación cosas que no manifiesten expresamente esa vinculación. La continuidad no será ya un postulado que nos permita ordenar seres vivos o funciones, sino el resultado de una ordenación, al igual que los seres vivos o las funciones. No hay más continuidad ni discontinuidad que la directamente plasmada por los fósiles o la explícitamente enunciada. En definitiva, la continuidad debe permanecer al nivel de los enunciados, no al nivel de los enunciados que hablan acerca de aquéllos. Tal es la propuesta de Foucault, mantener la pugna continuidad/discontinuidad al nivel del discurso analizado.

Frente al «evolucionismo» del XVIII, lo que Cuvier propone es algo distinto. Esencialmente consiste en la interiorización del espacio, en su abandono como marco de referencia vacío *en* el que suceden cosas para vincularlo directamente a los acontecimientos que en él tienen lugar. Con Cuvier, los animales y las plantas se caracterizan por modos internos de definir sus identidades y diferencias que lo ponen en correlación o no con otros órganos posibles, frente a la diferenciación externa que caracterizaba al método y el sistema de la Historia natural anterior<sup>19</sup>. A esto precisamente va dirigida la anatomía comparada, a cartografiar el espacio interior de los seres vivos, a determinar cómo la disposición recíproca de los órganos, su correlación, su ordenamiento en vistas a su función, los espacializa, determina sus configuraciones espaciales. La anatomía comparada disecciona los órganos buscando el establecimiento de sus diferencias, la reestructuración de unidades subyacentes, la razón de sus dispersiones. Lo que la anatomía busca es liberar el juego de las analogías y de las diferencias tal como aparecen al nivel de las reglas de formación del organismo. La anatomía comparada tiene así cinco tareas distintas: mostrar cómo unos órganos diferentes por completo pueden ser formados a partir de reglas análogas; mostrar en qué medida estas reglas se aplican o no de la misma manera a los diferentes órganos; mostrar cómo un mismo órgano puede cumplir varias funciones con génesis históricas por completo diferentes; mostrar cómo funciones de semejanza aparente corresponden a órganos muy diferentes; y, en fin, cómo puede establecerse subordinación o complementariedad entre los órganos. Pues bien, éstas son las tareas de la arqueología<sup>20</sup>. A partir de aquí, la anatomía/arqueología, puede poner de manifiesto la relación existente entre el órgano y su función, no porque pretenda buscar su causa, sino por determinar cómo las reglas de formación de órganos están ligadas al medio en el que se desenvuelve el organismo<sup>21</sup>. Pero, de alguna manera, el establecimiento de todas las diferencias, la estructuración de las unidades, la ley de las dispersiones, lo que hace es ayudarnos a comprender el complejo sistema de determinaciones que recorren todo un organismo. De este modo, conociendo una sola de sus partes podemos averiguar sus correspondencias con las otras partes indagando la razón de que se encuentre precisamente ahí, qué diferencia con el resto de órganos la ha arrastrado hacia ese lugar y, en definitiva, captando la unidad estructural que

---

<sup>19</sup> Cfr.: MC 142-6 y AS 259.

<sup>20</sup> Cfr.: MC 268-70 y AS 259-60.

<sup>21</sup> Cfr.: AS 272.

subyace a todo el organismo<sup>22</sup>. Pero, con respecto a la anatomía comparada, cabe decir lo que decía la *Arqueología del saber* respecto de la arqueología: las comparaciones anatómicas deben ser siempre limitadas, intraorgánicas. Las relaciones entre los órganos no pueden desbordarse más allá del organismo dado. Las semejanzas y diferencias que constituyen la anatomía corresponderán siempre a un núcleo bien delimitado de relaciones descriptibles. Sólo así es posible:

«...establecer la correspondencia de las formas exteriores e interiores que forman parte integrante, unas y otras, de la esencia animal»<sup>23</sup>.

Ahora, por primera vez, aparece el fósil. La mera acumulación, la mera yuxtaposición de fósiles, no conduce a nada, por muy abundante que sea. Foucault jamás admitiría, como hace B. Balan<sup>24</sup> que es la acumulación de observaciones la que da lugar a la «transformación Cuvier» o a Darwin. La razón es simple, observar es ver<sup>25</sup> y la relación entre lo que se ve y lo enunciado nunca es tan fácil como para que una pueda empujar a la otra en una sola dirección transformativa. En los fósiles puede verse lo que se quiera, curiosidades naturales, aberraciones, incluso se los puede emparentar con los monstruos, pero tal modo de observarlos no conduce a transformar nada. Hace falta algo más, hace falta que se los actualice de alguna manera, sacarlos de su petrificación, devolverles su composición originaria. Actualizarlos no significa hacerles partícipes del tiempo presente, significa adjudicarles la duración que les es propia, el lugar que los caracteriza. De este modo, el registro fósil señala las leyes de lo que ha ido deviniendo presente, el sistema que rige las sucesivas apariciones de seres vivos como acontecimientos singulares en la medida en que señala las relaciones, las regularidades entre las especies. No se puede entender las configuraciones naturales presentes si no es viéndolas como plasmaciones de las posibilidades inscritas en los fósiles. Por eso el registro fósil es el sistema general de la formación y transformaciones de las configuraciones naturales. El gran juego que lo recorre no es otro que el de las identidades y las diferencias, las semejanzas y desemejanzas<sup>26</sup>. Sólo ahora, entendido de esta manera, puede tener peso el registro fósil, esto es, entendido a modo de archivo de enunciados tal y como aparece definida esta noción en *La arqueología del saber*<sup>27</sup>. Entiéndonos, no pretendemos decir que los fósiles sean enunciados. Probablemente lo son, pero no fue ése exactamente el modo de considerarlos de Cuvier ni de Darwin. Tampoco son observaciones, tampoco son cosas visibles. Si los fósiles tienen importancia para la Historia natural, si son interesantes para Cuvier es porque contienen una mezcla de ambas cosas. Por un lado, son algo que sale a la luz, que se hace visible en un momento dado; por el otro, encadenan una serie de enunciados sobre ellos que son los que le asignan su lugar propio. Con Cuvier, el fósil cobra sentido en sí mismo, en su propio ser fósil, en la interrelación de sus órganos, en la disposición de sus constituyentes, en la dispersión de sus

<sup>22</sup> Cfr.: MC 264-5.

<sup>23</sup> Cuvier, G. *Le règne animal distribué d'après son organisation*, t. I, p. XIV, cit. en MC 264.

<sup>24</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 48.

<sup>25</sup> Cfr.: MC 134.

<sup>26</sup> Cfr.: Op. cit., 157.

<sup>27</sup> Cfr.: pp. 219-21.

fragmentos. El registro fósil que observa Cuvier, tiene toda explicación posible en su propio principio organizativo, no más allá. Como tal y sólo como tal, tiene sentido. En él no hay más de lo que hay, ni una ramificación de parentescos que dirija a otros seres vivos, ni la determinación de un punto en un supuesto espacio taxonómico, ni la congelación de un instante en la superposición de líneas o superficies. Por primera vez, el fósil es estudiado en su pura positividad de tal, dispuesto en el propio espacio en el que él se ha extendido, alojado en un tiempo que le es propio y característico, determinado por sus reglas de formación<sup>28</sup>. Esta es la clave de lo que Foucault llama «la transformación Cuvier». No se trata de que su teoría resulte más o menos adecuada, de lo que se trata es de que Cuvier ha realizado una serie de operaciones a partir de las cuales ha surgido un nuevo objeto en el discurso de la Historia natural<sup>29</sup>. Pero si Cuvier destacó los fósiles como objeto de estudio sobre el marasmo indiferenciado de las curiosidades y los monstruos, fue en buena medida por su modo de considerar la taxonomía. La base de la taxonomía no es ya el tetraedro constituido por las formas, el número, la disposición y el tamaño de los órganos. Ya no hay un espacio único, un único marco de referencia que permita en cada momento designar un punto de ese espacio, quiero decir, un ser vivo. La designación, el otorgar nombre, aparece en consecuencia, como resultado de la pertenencia de los seres vivos a un espacio que es, por naturaleza, diferente de las palabras, en contra de lo que ocurría en la época clásica<sup>30</sup>. Ya no hay ejes de coordenadas cuya variación continúe genéricamente desplazamiento en la serie de los seres vivos. El centro del nuevo sistema clasificatorio es el juego diferencial, la oposición de los valores de una tabla de tres dimensiones en la que todo ser vivo encuentra su posición dependiendo de las propiedades que se le asignen. Este es el mérito de Cuvier en la taxonomía, haber sustituido el cuadro clásico por una tabla diferencial de tres dimensiones. La primera de ellas corresponde a los órganos, la segunda a la visibilidad, la tercera a la unidad. Cada órgano puede ser primario o secundario, destacar por lo que de él se ve (forma, tamaño, consistencia) o por lo que no se ve (su función), conformar una unidad porque aparece en otros seres vivos casi con la misma forma y función (identidad) o porque su presencia separa y distingue a ese animal de todos los demás (diferencia)<sup>31</sup>. No es de extrañar, pues, que, del mismo modo que Linneo calculó las configuraciones posibles partiendo del número de órganos y de sus posibles propiedades<sup>32</sup>, Cuvier llegue a decir que la taxonomía «calcula» la naturaleza de cada especie<sup>33</sup>. Es el cruce entre taxonomía y anatomía realizado por Cuvier el que dio lugar a la biología. El gran logro de Cuvier estaría, en definitiva, en no haberse interesado por lo que había más allá de la especie, en haberse obstinado contra el muro de la especie, en no ir más allá de ella, del mismo modo que Foucault se ha interesado, se ha obstinado y no ha querido ir más allá de los textos. Frente a ellos, Darwin, de acuerdo con la episteme decimonónica, habría centrado sus análisis en el individuo, como lo demuestran sus ataques a la noción de especie. Es en este sentido que Darwin emparenta con Jussieu, Lamarck

---

<sup>28</sup> Cfr.: MC 265.

<sup>29</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 39 y 57-8.

<sup>30</sup> Cfr.: MC 223-6.

<sup>31</sup> Cfr.: Op. cit., 262-3.

<sup>32</sup> Cfr.: Ib. 141.

<sup>33</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 59-60.

o Bonnet<sup>34</sup>, hasta el punto de que se ha pretendido hacer una historia de la biología que fuese de Lamarck a Darwin obviando a Cuvier<sup>35</sup>.

Pues bien, es llegados a este punto donde la situación se vuelve un tanto complicada. Parece como si, habiendo alcanzado el modelo, en lo que al pensamiento biológico se refiere, de los planteamientos que propugna Foucault, debiera en cierto modo acabarse la historia, produciéndose una autoanulación de los supuestos foucaultianos. El caso es que, por motivos difíciles de comprender, lo que sigue no es un análisis estructural de los escritos de Darwin, sino una auténtica interpretación en el sentido hermenéutico pleno de la palabra. En efecto, que desde la especie hasta la categoría más general nos encontramos con un mismo tipo de realidades, es uno de los grandes logros de Cuvier<sup>36</sup>. Pero, cuando esta misma afirmación es subscrita por Darwin, se la considera un retorno no a Cuvier, sino a Lamarck. Aún peor, el retorno y la repetición son considerados como síntomas de la existencia de una ruptura, de un corte, de una transformación<sup>37</sup>, sin embargo Foucault se obstina en no adjudicarle ningún tipo de transformación a Darwin, sino a Cuvier que, lejos de retornar, innova. Lamarck mismo «se ha interrogado acerca de la realidad de la especie»<sup>38</sup>, mientras que Darwin se limita a trabajar con individuos<sup>39</sup>. Nada se dice acerca de la genealogía darwiniana, de su interés por analizar los estratos geológicos conforme a los datos en ellos depositados, de su hincapié en los azares destructores de cualquier búsqueda de grandes orígenes, de gloriosos pasados. No obstante, en otro texto de la misma época, Foucault acaba por reconocerle a Darwin dos méritos fundamentales: haber humillado al hombre por «hacerle descender del mono» (*sic!*) y haber «despojado al individuo de sus privilegios estudiando las variaciones aleatorias de la población»<sup>40</sup>. De hecho, el contexto discursivo de Darwin lo conformarían los escritos de Boltzmann, quien, al igual que Darwin, habría abandonado el estudio de las individualidades para centrarse en el estudio de las poblaciones<sup>41</sup>. ¡Sorprendente modo de trabajar en exclusiva con individuos!

### 3: *La biología como vigilante y contraargumentadora.*

La vida podía definirse positivamente por su tendencia aumentativa como multiplicación, como reproducción de sí misma<sup>42</sup>. Prototipo de vida en este sentido lo serían las bacterias. La bacteria es calificada por Foucault como una máquina de repetición, una máquina que se repite a sí misma y a su material hereditario, mostrando así que antes de la aparición de la individualidad, la vida ya tendría como

<sup>34</sup> Cfr.: MC 147.

<sup>35</sup> Cfr.: Foucault, «La situation de Cuvier dans l'histoire de la biologie», 1970, DeE II, 30-2 (trad. esp. en *Saber y verdad*, ed., trad. y prólogo de J. Varela y F. Alvarez-Uría, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1991, pp. 75-9).

<sup>36</sup> Cfr.: Op. cit., 34 (trad. esp. en *Saber y verdad*, p. 80).

<sup>37</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 58.

<sup>38</sup> Cfr.: Foucault «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 39 (trad. esp. en *Saber y verdad*, p. 76).

<sup>39</sup> Cfr.: Op. cit., 35-6 (trad. esp. en *Saber y verdad*, p. 82).

<sup>40</sup> Cfr.: Foucault, M. «Croître et multiplier», 15/16-XI-1970, DeE II, 100.

<sup>41</sup> Cfr.: «Entretien avec Michel Foucault», 1971, DeE II, 160.

<sup>42</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 63-4.



carácter básico la repetición de sí misma<sup>43</sup>. En cierto modo ésta era la visión de la Historia natural en la época clásica. Para Linneo, por ejemplo, lo característico de los seres vivos era su capacidad para crecer y crecer sin límite en las cuatro dimensiones que, por lo demás, constituyen las variables para su clasificación. Sin embargo, hasta el siglo XVIII, declara Foucault, la vida no existía. La vida como tal no era objeto de ninguna ciencia, de ningún saber. La Historia natural trataba no de la vida, sino de los seres vivos, de seres que poseían una red difusa y no tematizada de semejanzas categorizable bajo nociones como las de crecimiento, desplazamiento espontáneo, nacimiento, mutación, envejecimiento, etc. Todos estos términos constituían umbrales necesarios de traspasar para ser aprehensibles en el sistema natural, pero no existía umbral alguno con el nombre de «vida»<sup>44</sup>. Lo situado en este límite son los zoofitos, los fósiles, pero no los virus. Sólo a partir del XVIII, la vida se convertirá en objeto de estudio y, por tanto, en objeto de atención política. A partir de este momento lo que ya no existen son los seres vivos. El objeto de estudio es la vida, una vida que, al igual que el ser aristotélico, se dice bajo las más diversas formas. Pero, precisamente por ello, los seres vivos no aparecen como formas delimitadas y puras cuyo enlace debe realizar la Historia natural, sino como instantes fugaces de una inmensa fuerza vital que los hace surgir tan pronto como los destruye. La tematización de la vida corre pareja con la tematización de la muerte<sup>45</sup>. La vida puede definirse negativamente como lo contrario de la muerte. La vida resulta entonces rápidamente jurisdiccionalada por el poder político. En su forma positiva queda subsumida en las diferentes formas de control de la población<sup>46</sup>; en su forma negativa surge la política sanitaria dirigida exactamente allí donde se mezclan vida y muerte, esto es, en la enfermedad<sup>47</sup>.

Si hemos de seguir una parte de los escritos de Foucault, la biología postdarwiniana se caracteriza por centrarse en el individuo. Es él, sus avatares, sus progenitores y descendencia, las funciones que de él emanan, las que constituyen el eje de estudio de la biología. Objeto de discurso serán, pues, las condiciones de nacimiento y mantenimiento de los individuos, los procesos de reproducción y, cómo no, su historia. En el siglo XIX, la historia forma ya parte constitutiva de ese torrente que es la vida y no es una simple superposición de superficies como lo era para el saber clásico<sup>48</sup>. Del mismo modo que la vida tiene su historia, cada una de sus afloraciones tiene una afloración de historia, más breve, más limitada, pero historia al fin y al cabo. Desde este momento, el individuo se ha convertido en un distribuidor de continuidades y discontinuidades. Por un lado está muy claro que sus condiciones de vida son *sus* condiciones de vida (las que lo caracterizan a él y lo separan de todos los demás individuos), pero también sus condiciones de *vida* (el conjunto de características que lo vinculan a otros individuos). Por otro lado, se pretende reconocer en el flujo ininterrumpido de la vida algo así como esta unidad separada y aislada para perseguirla todo lo atrás que se desee hasta su mismo *origen*, allí donde ya era *in nuce* lo que ha devenido<sup>49</sup>.

<sup>43</sup> Cfr.: Foucault, «Croître et multiplier», 15/16-XI-1970, DeE II, 100.

<sup>44</sup> Cfr.: MC 161.

<sup>45</sup> Cfr.: Op. cit., 272-3.

<sup>46</sup> Cfr.: Foucault, «Les mailles du pouvoir», 1975, DeE IV, 193.

<sup>47</sup> Cfr.: «Entretien avec Michel Foucault», 1971, DeE II, 676.

<sup>48</sup> Cfr.: MC 269-72.

<sup>49</sup> Cfr.: Discusión posterior a Foucault, «La situation de Cuvier», 1970, DeE II, 64-5.

Foucault considera que la base de la biología contemporánea se halla en la genética, la disciplina acerca de los programas de repetición y crecimiento. Los seres vivos son, esencialmente, sistemas de transmisión hereditaria, cuyo eje rector es la multiplicación. Multiplicación de individuos, que hacen crecer la especie, multiplicación de las células integrantes del individuo, que lo hacen crecer. Toda la escala del ser vivo está repleta por esa tendencia multiplicativa cuyas reglas establece la genética<sup>50</sup>. Pero con ello resulta que el vínculo esencial entre seres vivos y lenguaje, que introduce una profunda asimetría en las, teóricamente, paralelas transformaciones de *Las palabras y las cosas*, se prolonga más allá de Linneo hasta el mismo F. Jacob. Las bases del código genético forman, en efecto, un alfabeto en función del cual se elaboran auténticos enunciados, quiero decir, prescripciones acerca, de lo que podrá observarse y devenir característica aparente, de lo que podrá trasmitirse y cómo, de los enunciados que podrán ser ulteriormente enunciados, etc. Enunciados que serán leídos y transcritos (paso de DNA al RNA); enunciados que incluyen la arbitrariedad y el azar como elemento intrínseco; enunciados, en definitiva, que tienen un sentido: adaptarse al contexto. Ciertamente Foucault se niega a hablar de «lectores» o de «sentido», incluso de que exista un «lenguaje (de la naturaleza)»<sup>51</sup>. Pero estas negaciones hay que tomarlas en sentido «trascendente». El lector resulta ser aquí, en última instancia, resultado del lenguaje, constituido por él (las enzimas o el RNA) y el sentido se deriva de su propio funcionamiento. No es que haya un lenguaje de la naturaleza, es que los seres vivos son, en última instancia lenguaje. Ciertamente, repetimos, que Foucault no está dispuesto a admitirlo, pero sí admite, al menos que la biología es lógica. Los seres vivos son programas, cálculos, estructuras lógicas de reproducción y multiplicación capaces de integrar el azar<sup>52</sup>. La arbitrariedad o, mejor, el azar vinculado a todo lenguaje, su ambigüedad, la facilidad para ser malinterpretado y, por tanto, para multiplicar a su alrededor otros tantos mensajes, es un carácter común al lenguaje y la vida. De hecho, los seres vivos podrían definirse como aquellos seres capaces de cometer errores<sup>53</sup>. Pero esto no hace más que destacar la constitución de los objetos por parte de los enunciados que hablan sobre ellos. Lo curioso del caso es que Foucault entiende estos programas lógicos como un nuevo paso adelante que superaría la etapa del evolucionismo biológico, cuando, en realidad, el azar y la reproducción son los mecanismos básicos de la evolución.

Una biología que define la vida por la muerte, por tanto, exclusiva, y que se centra en el individuo por encima de la población o la especie, se convierte, sin duda, en un discurso fácil de utilizar por quienes ansían expulsar, cuando no matar, a los que puedan tener alguna traza de diferencia biológica. Pues bien, una de las características esenciales de esta época que nos ha tocado vivir es, en efecto, la acentuación de la biología como elemento político, quiero decir, como argumento para todo tipo de xenofobia y racismo. A este tema consagró Foucault una serie de lecciones en el año 1976. En ellas se muestra cómo, de un racismo entendido a modo de guerra civil permanente entre los diversos pueblos que componen cada nación, se pasa a una guerra entendida como lucha biológica entre razas. Ya no se trataría de que norman-

<sup>50</sup> Cfr.: Op. cit., 102.

<sup>51</sup> Cfr.: Ib., 102-3.

<sup>52</sup> Cfr.: Ib. 103.

<sup>53</sup> Cfr.: Foucault, «Les mailles du pouvoir», 1976, DeE III, 774.

dos y sajones combatan por ocupar altos cargos administrativos, no se trata de rencillas entre pueblos vecinos, sino de la existencia de razas superiores e inferiores que, consiguientemente, deben ser exterminadas. La visión dual de la sociedad, con un pueblo invasor y dominante y un pueblo invadido y sometido, es sustituida por una visión monista, en la que un grupo biológicamente marcado detenta, por el hecho de serlo, los únicos derechos legítimos, de tal modo que la supresión de los demás grupos en nada alterará el estado natural de las cosas, salvo, claro está, la mejora obtenida por haber eliminado posibles fuentes de degeneración. La historia deja de ser con esto la base para las reivindicaciones y es sustituida por una biología convenientemente historiada. Si en tal año se produjo tal derrota contra los turcos, si la población extranjera vino de buen grado o fue secuestrada, si la anexión se produjo bajo los Reyes Católicos o 500 años más tarde, todo eso carece de importancia. Lo importante es que existe un individuo biológicamente determinado, cuyo rastro puede seguirse *a posteriori*, esto es, una vez delimitado, en su recorrido histórico y que es, sin duda, el mejor dotado por los genes. Este es el momento de nacimiento del racismo, el momento en que el tema central es el tema de la pureza de las razas<sup>54</sup>. Foucault traza detenidamente las líneas maestras del aprovechamiento, por parte del Estado, de este género de discurso racista para fortalecerse y articularse. Pero no es ésta la línea que quiero seguir aquí. Lo que me interesa más bien es señalar el papel que, para Foucault, juega la biología en ese género de discursos. Porque el caso es que la biología no juega ningún tipo de papel en ellos. En efecto, a diferencia de la psicología, la biología es utilizable por el poder, pero esta utilización no le hace perder una especie de consistencia interna que le permite mantenerse autónoma<sup>55</sup>. Ciertamente esta afirmación procede de 1.957, pero no menos cierto es que, en una reseña al libro de Ruffié *De la biologie à la culture* de 1.976, Foucault enumera uno por uno los argumentos que de la propia biología pueden extraerse en contra del racismo. En efecto, para empezar, existen tantos fundamentos objetivos para hablar de razas como de especies, quiero decir, ninguno. A lo sumo existen poblaciones con bordes absolutamente difusos, ya que la noción de población es una simple noción estadística (bajo ningún concepto un sujeto que se haya mantenido idéntico a lo largo de la historia)<sup>56</sup>. En segundo lugar, el grado de pureza de una raza es una muestra de hasta qué punto esa raza se ha mantenido estancada, aislada respecto de los cambios. Esto sólo es posible si tal raza ha permanecido oculta en algún rincón remoto. Por otra parte, las consecuencias de este aislamiento son nefastas. Imaginemos un virus mortal que sólo atacase a personas con un determinado marcador sanguíneo. Las poblaciones que valientemente lo hayan defendido como patrimonio de sus ancestros, sucumbirán sin remedio. En cambio las poblaciones «degeneradas», de sangre «impura», en donde no haya un tipo predominante, sobrevivirá sin problemas. Pero es que hay más. Lo que un estudio detenido de los marcadores sanguíneos indica es que el proceso de ración, lejos de proseguir de modo imperturbable, ha ido haciéndose cada vez menos importante desde el Neolítico a esta parte. En realidad, las poblaciones genéticamente semejantes no hacen otra cosa que crearse y

<sup>54</sup> Cfr.: Foucault, M. *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*, trad. A. Tzveibely, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1992, 3ª y 4ª lecciones, 21 y 28-I-1971, pp. 89-91.

<sup>55</sup> Cfr.: Foucault, M. «La recherche scientifique et la psychologie», 1957, DeE I, 152.

<sup>56</sup> Por lo demás fue Darwin, no Cuvier, quien hizo posible este argumento.

desaparecer a lo largo de la historia<sup>57</sup>. En definitiva, la exigencia de flexibilidad ante los cambios continuos que se producen en los medios naturales ha dado lugar a una especie de regla en la naturaleza que la lleva a buscar el mestizaje e impedir la pureza.

#### 4. Conclusión.

Hemos visto cómo, para Foucault, la biología, lejos de ser uno más de los saberes cuyo desarrollo puede seguirse a lo largo del tiempo para comprender la formación del archivo actual en el cual estamos imbuidos, adquiere un papel mucho más importante. La biología es, en efecto, el saber a que dio origen los estudios de Cuvier, aquellos estudios que perseguían el análisis de los estratos en ellos mismos, la separación tajante entre un estrato y el siguiente, el análisis de las relaciones entre los fósiles y, dentro de éstos, la comprensión de sus funciones, de su importancia, de su organización, a partir de una serie bien definida y delimitada de relaciones internas. La biología también es ese saber que nos permite comprender de qué forma los individuos pueden ser controlados y atrapados en poderosas redes de poder a partir de las dos nociones fundamentales que atraviesan su vida, no ya en tanto que ciudadanos, sino en tanto que seres orgánicos: la reproducción y la muerte. Pero la biología también es algo más, es el martillo que puede utilizarse para combatir, al nivel mismo de los discursos, determinadas tendencias por desgracia cada día más arraigadas en nuestro mundo, caso del racismo. No obstante, la biología cumple aún otra función, ésta incómoda, desagradable, casi proscrita por los textos que sobre ella hablan. En efecto, analizando los escritos de Foucault acerca de la biología no dejan de surgir preguntas. Por fin ¿cuál es la posición asignable a Darwin? ¿Un mero continuador de Cuvier? No, porque se lo acusa de volver a Lamarck. ¿Un epígono tardío de Lamarck? No, porque el retorno es signo de transformación y Darwin no tiene transformación propia. ¿Cuál fue el punto de atención de Darwin? Según la episteme en la cual se lo enmarca, única y exclusivamente el individuo; según la evidencia textual y contextual reconocida por el propio Foucault, algo a la vez diferente de los individuos y las especies: las poblaciones. ¿Por qué esa ambigüedad a la hora de hablar de Darwin? ¿Porque, a los ojos de la arqueología su papel no fue tan importante? ¿O porque creó una forma de genealogía que podía ser tomada como modelo para explicar cómo una episteme se transforma en otra sin necesidad de hacer cortes en determinadas épocas? ¿Porque dio pie al individualismo decimonónico? ¿o porque desarrolló una genealogía continuista? ¿Porque fue el primer especialista en usar sus conocimientos para emprender luchas políticas? ¿O porque acabó implicando una nueva y esencial vinculación entre los seres y el lenguaje?

\* \* \*

Manuel Luna Alcoba  
 Conde de Guadalorce, 54  
 41500 Alcalá de Guadaira

<sup>57</sup> Cfr.: Foucault, M. «Bio-histoire et bio-politique», 17/18-X-1976, DeE III, 96-7.